

UNA CONCIENCIA TRANQUILA

¿Está tu conciencia en paz? Sólo Jesucristo, el Hijo de Dios, puede traer paz a nuestras conciencias culpables y contaminadas por el pecado.

John C. Ryle (1816-1900)

EN una sola palabra, Cristo ha vivido para el verdadero cristiano. Cristo ha muerto por él. Cristo a ido al sepulcro por él. Cristo ha resucitado por él. Cristo ha ascendido a las alturas por él, e ido al cielo para interceder por su alma. Cristo ha hecho todo, pagado todo, sufrido todo lo que era necesario para su redención. Así se erige la verdadera justificación del cristiano, y con ello su paz. En él mismo no hay nada; pero en Cristo, tiene

todas las cosas que su alma pueda pedir (Colosenses 2:3; 3:11).

¡Quién puede explicar la bendición del intercambio que tiene lugar entre el verdadero cristiano y el Señor Jesucristo! La justicia de Cristo le es imputada, y sus pecados son puestos sobre Cristo. Por causa de él, Cristo ha sido contado con los pecadores, y ahora él es contado con los inocentes por causa de Cristo. Por causa de él, Cristo ha sido condenado pese a que no hubo falta en él, y ahora el cristiano es absuelto por causa de Cristo, a pesar de estar cubierto con pecados, faltas y defectos. ¡De cierto aquí hay sabiduría! Dios puede ahora ser justo y con todo, perdonar el impío. El hombre puede sentir que es un pecador, y sin embargo tener una buena esperanza en el cielo y sentir paz interior. ¿Quién de entre los hombres podría imaginar algo así? ¿Quién no debería admirarlo cuando lo oyera? (2 Corintios 5:21).

En el relato del evangelio, leemos acerca de una demostración de amor... Leemos acerca de Jesús, el Hijo de Dios, descendiendo a un

mundo de pecadores que ni tuvieron cuidado de él antes de su venida, ni lo honraron cuando apareció. Leemos de él descendiendo a la casa de prisión y no rehusando ser prendido, para que nosotros, pobres prisioneros, fuéramos libres. Leemos de él siendo obediente hasta la muerte —y muerte cruz—, para que nosotros, indignos hijos de Adán, podamos tener abierta una puerta a la vida eterna. Leemos de él estando contento de llevar cargar con nuestros pecados y llevar nuestras transgresiones, para que podamos vestirnos con su justicia y caminar en la luz y libertad de los hijos de Dios. (Filipenses 2:8, 15).

¡Bien puede ser esto llamado un amor que «excede a todo conocimiento» (Efesios 3:19)! De ninguna forma la gracia gratuita podría haber brillado tanto como en la justificación por Cristo (Efesios 3:19). Esta es la senda antigua por la cual solo los hijos de Adán que han sido justificados antes de que el mundo fuese, encuentran su paz. Desde Abel en adelante, ninguna persona ha tenido una sola

gota de misericordia excepto a través de Cristo. Cada altar que fue edificado antes del tiempo de Moisés tuvo la intención de apuntar hacia él. Cada sacrificio y ordenanza de la ley judía tuvo el propósito de dirigir a los hijos de Israel hacia él. Todos los profetas testificaron de él. En una sola palabra, si pierdes de vista la justificación por Cristo, una gran parte del Antiguo Testamento se volverá un laberinto sin sentido y confuso.

Esta es la manera de justificación que cumple con exactitud las necesidades y requisitos de la naturaleza humana. Hay una conciencia dejada en el hombre, pese a que este es un ser caído. Hay un vago sentido de su propia necesidad, que en sus mejores momentos se hará escuchar, y que nada sino Cristo puede satisfacer. Hasta tanto su conciencia no esté hambrienta, ningún artilugio religioso satisfará el alma de un hombre y lo mantendrá en quietud. Pero una vez su conciencia se torna hambrienta, nada sino la comida espiritual —y ninguna sino Cristo— la tranquilizará.

Hay algo en el hombre cuando su conciencia está realmente despierta, que susurra: **«Debe haber un precio a pagar por mi alma, de lo contrario no habrá paz».** De inmediato, el evangelio sale a su encuentro con Cristo, quien ya ha pagado el rescate por su redención. Cristo se ha dado a sí mismo por él. Cristo lo ha redimido de la maldición de la ley, habiendo sido hecho maldición por él (Gálatas 2:20; 3:13).

Hay algo en el hombre cuando su conciencia está realmente despierta, que susurra: **«Debo tener alguna justicia o título para el cielo, de lo contrario no habrá paz».** De inmediato, el evangelio sale a su encuentro con Cristo, quien ha traído la «justicia perdurable» (Daniel 9:24). Él es el fin de la ley, para justicia a todo aquél que cree (Romanos 10:4). Su nombre es «Jehová, justicia nuestra» (Jeremías 23:6). Dios, «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21).

Hay algo en el hombre cuando su conciencia está realmente despierta, que susurra: **«Debe haber castigo y sufrimiento a causa de mis pecados, de lo contrario no habrá paz».** De inmediato, el evangelio sale a su encuentro con Cristo, quien ha sufrido por el pecado, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios (1 Pedro 3:18). En el madero, él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo. Por sus llagas, somos curados (1 Pedro 2:24).

Hay algo en el hombre cuando su conciencia está realmente despierta, que susurra: **«Debo tener un sacerdote para mi alma, de lo contrario no habrá paz».** De inmediato, el evangelio sale a su encuentro con Cristo, quien fue sellado y ungido por Dios Padre para ser el Mediador entre él y los hombres. Él es el Abogado ordenado para los pecadores. Él es el Consejero y Médico acreditado de las almas enfermas. Él es el gran Sumo Sacerdote, el Todopoderoso Perdonador, el Bondadoso Confesor de los pecadores agobiados (1 Timoteo 2:5; Hebreos 8:1).

Sé que hay miles de cristianos profesos que no ven ninguna belleza particular en esta doctrina de la justificación por Cristo. Sus corazones están cargados con las cosas del mundo. Sus conciencias están paralizadas, entumecidas y mudas. Pero dondequiera que la conciencia de un hombre empieza verdaderamente a sentir y hablar, él verá algo en la expiación y el oficio sacerdotal de Cristo que nunca antes vió. La luz no se adecúa al ojo, ni la música al oído, tan perfectamente como Cristo se adecúa a las necesidades de un alma pecadora. Cientos pueden testificar que la experiencia de un pagano convertido en una cierta isla al sur del Océano Pacífico, ha sido exactamente la de ellos mismos. Él dijo: «Vi una inmensa montaña, con laderas escarpadas, la cual me animé a escalar, pero cuando alcancé una altura considerable, perdí mi agarré y me precipité hasta lo profundo. Exhausto, con desconcierto y fatiga, tomé cierta distancia y me senté a llorar; y mientras lloraba, vi una gota de sangre caer sobre aquella montaña, y en un momento, se

disolvió». Se le pidió explicar qué significaba todo esto: «Aquella montaña», dijo, «representaba mis pecados; y esa gota que cayó sobre ella fue una gota de la preciosa sangre de Jesús, por la cual la montaña de mi culpa fue derretida».

Este es el único camino verdadero a la paz: *la justificación por Cristo*. Mira que nadie te vuelva de este camino y te dirija hacia cualquiera de las falsas doctrinas de la Iglesia de Roma. ¡Ay, es asombroso ver cómo aquella [tradición] ha construido una casa del error tan cerca de la casa de la verdad! Retén la verdad de Dios acerca de la justificación y no seas engañado. No des tu oído a nada que pudieras escuchar sobre otros mediadores o ayudadores para la paz. Recuerda que no hay sino un sólo *mediador*: Jesucristo; que no hay *purgatorio* para los pecadores sino uno: la sangre de Cristo; que no hay sino un sólo *sacrificio* por el pecado: el sacrificio hecho una vez en la cruz; que no hay *obras* que puedan merecer nada sino las obras de Cristo; que no hay sacerdote que pueda

verdaderamente absolver, sino sólo Cristo. Permanece aquí y manténte en guardia. No des a otro la gloria que sólo es debida a Cristo.

¿Qué sabes de Cristo? No dudo que hayas escuchado de él por el mero oír de tu oído... Tal vez estés familiarizado con la historia de su vida y su muerte. Pero, ¿qué conocimiento experiencial tienes de él? ¿Qué uso práctico haces de él? ¿Qué tratos y operaciones han habido entre tu alma y él?

¡Oh, créeme, no hay paz con Dios excepto a través de Cristo! La paz es su don peculiar. La paz es el legado que él solo tuvo el poder de dejarnos cuando se fue del mundo. Cualquier otra paz aparte de esta, es una burla y una desilusión. Cuando el hambre pueda ser aliviada sin comida, la sed saciada sin bebida, y el cansancio removido sin descanso, entonces, y sólo entonces, los hombres encontrarán la paz sin Cristo.

Ahora, ¿te has apropiado de esta paz? Comprada por Cristo y su propia sangre, ofrecida gratuitamente por Cristo a todos los

que estén dispuestos a recibirla (¿te has apropiado de esta paz?). ¡Oh, no descanses! ¡No descanses hasta que puedas dar una respuesta satisfactoria a mi pregunta: ¿TIENES PAZ?

Extraído de J.C. Ryle (1816-1900), *Sendas Antiguas*.

www.ChapelLibrary.org